

# Desafíos actuales a la educación jesuita

Fernando Montes, S.J.<sup>1</sup>

31 de Julio, 2021



El año ignaciano nos ofrece la posibilidad de ver con nuevos ojos los desafíos pedagógicos que hoy tenemos que enfrentar. Con muchos años dedicados a la formación de jóvenes jesuitas, de rector de colegio y de universidad, me atrevo a proponer algunos sencillos puntos<sup>2</sup>.

En mi contacto con quienes enseñaban en nuestros colegios me impresionó que, a menudo, quienes habían estudiado en las escuelas normales tenían un mayor sentido de vocación pedagógica que los que habían estudiado una carrera pedagógica en la universidad. Normalmente los primeros eran en verdad “maestros” con vocación y misión, con cercanía y flexibilidad; y los segundos con frecuencia eran “profesores” que conocían mejor sus

---

<sup>1</sup> Ha sido formador de jesuitas, rector de colegio, rector de la Universidad Alberto Hurtado desde su fundación por 16 años, colaborador y director de la Revista Mensaje y Provincial de la Compañía de Jesús en Chile, entre otras funciones.

<sup>2</sup> Dado el carácter de este texto, el autor ha omitido las notas sobre los autores en los que se ha inspirado.

respectivas materias, pero más abstractos. Yo considero un gran desafío unir ambas dimensiones. La espiritualidad ignaciana puede ayudarnos a integrar la vocación, la misión y la profesión para llegar a ser buenos maestros y muy buenos profesores.

Ignacio, en Manresa, en los inicios de su nueva vida, dejó de pensar sólo en sí mismo y vio que podía “hacer bien a las almas”. El servir a los demás se convirtió en uno de sus principales criterios de discernimiento. Esto lo convirtió en un extraordinario “Maestro”. A la vuelta de Jerusalén dio un paso más en su conversión. A pesar de su edad, decidió estudiar para hacer un mejor y más universal servicio a los demás.

Poco a poco vio que la educación era un modo de evangelizar. Los primeros jesuitas, que al comienzo eran misioneros, disponibles para ser enviados a diversos lugares, terminaron fundando colegios, concentrándose en ellos y haciendo de la educación su más importante ministerio apostólico.

Como los primeros compañeros habían estudiado en París, sus colegios siguieron el “modo Parisiense” en la forma de organizar el programa de estudios y las materias a enseñar. Como hombres del renacimiento, además de la teología y la filosofía, descubrieron la cultura greco latina detectando en ella los grandes valores y la estética que había que transmitir a los estudiantes. Es muy significativos que hayan usado la cultura clásica como un camino para evangelizar y para humanizar a los educandos. Eso los obligó, en cierto modo, a “evangelizar” dicha cultura resaltando en ella cuanto podía haber de cristiano. Poco a poco los jesuitas fueron incorporando las matemáticas y las ciencias positivas en sus programas formativos.

El esfuerzo por evangelizar la cultura y el usar el saber, las ciencias y las artes como medio evangelizador son dos notas del “modo de proceder” ignaciano. Eso trataron de hacer los compañeros de Ignacio en China y en la India luego de hacerlo en Europa con la cultura del renacimiento. Ellos, sin embargo, tenían claro que la evangelización y la educación integral no se limita a transmitir la cultura erudita. Ella podía ser una ayuda para que el ser humano desarrollara todas sus potencialidades, diera sentido a su vida y se integrara plenamente en la vida social.

Para comprender este camino, es necesario precisar algunos términos.

Influido por la cultura griega, el pensamiento occidental estuvo muy centrado en comprender la “naturaleza” humana que era la pauta que debía guiar nuestra moral. Se pensaba que en ella se encontraban todos los elementos que orientaban nuestro actuar y nuestro ser. El hombre era definido como “animal racional”. Con el desarrollo de la antropología cultural, se descubrió, poco a poco, que el ser humano se diferencia radicalmente del animal no sólo por su razón. Mientras el animal es solo naturaleza y por sus instintos está determinado en su modo de actuar, el ser humano necesita ser complementado para poder vivir y compartir con otros la vida; nace con un vacío que la sociedad debe llenar con lo que llamamos “cultura”. Por ejemplo, aunque nacemos con la capacidad de hablar la naturaleza no nos proporciona un idioma para ejercitar esa capacidad. La sociedad nos regala un idioma que no es el mismo en todo el mundo y, gracias a ese idioma, nos entendemos a nosotros mismos y se hace posible la vida en sociedad. ¿Qué sería de nosotros sin ese regalo cultural? La cultura que nos regalan no se limita al idioma. Es algo mucho más complejo.

Hay dos definiciones de cultura. La primera es la cultura erudita propia de las elites (la que tienen los sabios, la que dan las ciencias, etc.) que poco a poco, desgraciadamente, se ha ido convirtiendo en el centro de la educación. La segunda definición de la cultura es la sociológico-antropológica que consiste en las costumbres, las tradiciones, los símbolos, los ritos, el lenguaje que tiene un pueblo, que lo identifica y lo diferencia. Esa cultura se va transmitiendo de generación en generación a todos los miembros de un pueblo integrándolos en una comunidad.

Parte esencial de esa cultura sociológica son los valores que se concretan en las normas que regulan la vida social. Es también parte importante de la cultura la justificación que explica por qué un valor es valioso para nosotros (hay muchos modos posibles de justificar un mismo valor). En la cultura cristiana, el valor de la vida humana, se justifica porque el hombre es considerado creatura e imagen de Dios. En un mundo racionalista el valor del hombre se justifica por su racionalidad.

Es muy importante señalar que la cultura, a diferencia de la naturaleza, es una creación humana fruto de una adaptación a las más diferentes circunstancias. Sin embargo, poco a poco, se va olvidando que nosotros creamos esa cultura y se va convirtiendo en parte de la “naturaleza”. Nos parece natural y obvio todo lo que se hace por tradición. Por eso cuesta mucho cambiar las costumbres culturales porque parecen ser parte de la naturaleza. Cuando yo era chico era obvio que los hombres usaban pantalones, tenían el pelo corto, no usaban aros etc. Hoy está claro que eso no es parte de la naturaleza sino de la cultura y frente a la cultura debemos ser flexibles.

Los antropólogos nos han mostrado que han existido miles de diferentes culturas y cómo ellas evolucionaron, aparecieron y desaparecieron. En determinados momentos de la historia humana se han producido algunos descubrimientos que han cuestionado y hecho temblar la cultura heredada quitándole vigencia a los valores, las costumbres y las normas que parecían obvias. Se produce entonces un gran desconcierto. Eso afecta mucho a la educación porque no queda claro qué se debe transmitir.

Los primeros jesuitas vivieron un profundo cambio de época. En medio siglo XV, el siglo en que nació Ignacio, se inventó la imprenta, comenzaron a desarrollarse las ciencias, se descubrió América y las rutas a oriente. Eso confirmó que la tierra era un planeta redondo y se vislumbró que no ocupaba el centro del universo. La cultura medieval se quebró y hasta la letra de la biblia, que era considerada palabra de Dios, fue cuestionada. Surgió el renacimiento y con él se pusieron las raíces de la modernidad. Los jesuitas y sus colegios fueron importantes actores en ese cambio cultural.

Esos cambios fueron ínfimos si se comparan con lo sucedido durante el siglo XX. En ese siglo, con el Psicoanálisis, pudimos develar nuestro subconsciente y descubrimos que en lo más profundo de nosotros tenemos archivos escondidos que influyen en nuestra libertad y en nuestro comportamiento. Con el desarrollo de la biología descubrimos la compleja genética humana, el ADN, el funcionamiento de nuestro cerebro y la íntima relación entre las células. Por su parte, la física cuántica y la teoría de la relatividad transformaron radicalmente

la comprensión del cosmos y sobre todo la nueva astrofísica nos reveló la expansión de universo, los millones de galaxias. En lo más ínfimo llegamos a conocer, en sus detalles, la composición del átomo, con sus neutrones, protones y su increíble energía interna.

El avance incontenible de la investigación y la ciencia, a finales del siglo XIX, generó un progreso increíble de la técnica al abrir el nuevo siglo. Los rayos X nos permitieron traspasar la materia y ver lo que era invisible a nuestros ojos. Cambió radicalmente la medicina. Se crearon nuevos medicamentos. En el transporte, se inventó el avión y pudimos dar la vuelta al mundo a velocidades insospechadas.

Sin embargo, la sensación de progreso y que avanzábamos a grandes pasos se paralizó con dos guerras mundiales las más crueles y sangrientas de la historia. En el siglo XX, junto a las maravillas tecnológicas, creamos campos de concentración y gulags donde murieron millones de víctimas. Tembló el avance de las democracias con duras dictaduras fascistas. Hicimos estallar la bomba atómica sobre dos ciudades y acumulamos bombas de hidrógeno con la capacidad de destruir el planeta. Spengler habló de la decadencia de Occidente y Freud del malestar de la cultura. Surgió el existencialismo que era una filosofía en angustiada búsqueda del sentido de la vida. En literatura se publicaron novelas atroces como *La peste* de Camus y *La hora veinticinco* de Virgil Ghiorghiu.

A pesar de ese golpe, el progreso científico-técnico continuó. Podríamos señalar infinidad de inventos como el nylon, las semillas genéticas, etc. Salimos a la estratósfera y llegamos a la luna. Tal vez mayor consecuencia tuvo el paso de la radio a la televisión y al internet, que quebraron las nociones de espacio y de tiempo que ordenan nuestra mente. Pudimos comunicarnos viendo simultáneamente lo que sucede en todo el mundo y generamos una globalización que mezcla las culturas y hace muy evidentes las diferencias e injusticias. Este proceso se agudizó con la creación del Facebook, el Instagram y el Twitter. Nació una nueva cultura de la información y la comunicación instantánea. Cuando los jesuitas llegamos a Chile, en 1593, una carta a Roma podía demorar tres años en recibir respuesta. Hoy demora menos de un minuto. Es una comunicación intensiva y cada sujeto se siente

informado y con el derecho a opinar sobre todos los temas en discusión. Todo cambió radicalmente: el arte, la pintura, la música, la escultura, la arquitectura. Se generó un enorme desconcierto y se crearon grandes diferencias generacionales.

La cultura globalizada actual es profundamente complicada. Ofrece grandes posibilidades al ser humano, pero no podemos olvidar que ella tiene el poder de destruir la vida y la misma tierra.

No podemos vivir fuera de este contexto cultural y, como Ignacio y sus compañeros, debemos tener una actitud positiva. Tenemos que evangelizar esta cultura y usar todas las posibilidades que ella ofrece para humanizar a nuestros alumnos abriendo los ojos a aquello que deshumaniza.

La cultura actual tiende a masificar a personas que son muy individualistas. Vivimos masificados, pero cada uno en su mundo. La técnica regula nuestras vidas. Hay mucha comunicación, pero a menudo es superficial y genera profunda soledad. El tiempo vuela, y vivimos ocupadísimos ahogados en el presente olvidando nuestras raíces y sin tener el horizonte final y el sentido de la vida. Competimos sin tregua buscando nuestro éxito. Le damos gran importancia al consumo y a la dimensión económica de nuestra convivencia. A menudo se confunde la idea de valor con la de precio. Al ir a comprar algo preguntamos cuánto vale...pero no es lo mismo el precio que el valor. Lo más valioso, como el amor, no tiene precio. Si compramos el amor, lo prostituimos. Es muy valioso que nos preocupemos de los derechos personales, pero apenas mencionamos las responsabilidades que tenemos con los otros.

Los medios de comunicación y las redes sociales nos van marcando y van señalando la ruta que debemos seguir. Nos sentimos libres pero el camino está marcado y nos encadena. Nos sentimos dioses (*Homo Deus*) pero podemos ser un juguete.

En este contexto, vale la pena descubrir el verdadero fondo de la educación ignaciana que nos enseña a vivir en el mundo, a darle sentido a la vida y permitirnos la libertad. La clave está en Los Ejercicios Espirituales escritos por Ignacio. Ellos comienzan invitándonos a hacer

una experiencia fundante. La primera reflexión, el “principio y fundamento” me enseña que yo no soy eterno, no soy Dios, recibí la vida como regalo, alguien me amó y me invitó a vivir. Algo esencial de esa experiencia es comprender que la vida es un camino y que ese caminar tiene un claro sentido. Dios me espera. En ese momento yo entiendo que todo lo que existe me puede ayudar a caminar si soy libre para ir eligiendo siempre lo que más me ayude para encontrarme al final con el Señor. El camino concreto que me propone Ignacio es el seguimiento de Jesús a quien, durante los ejercicios, voy a contemplar para poder amarlo y seguirlo en todo. Esa experiencia me enseña que yo puedo en todo amar y servir. Amar a todas las cosas en Dios y amar en Dios en todas las cosas. Es una mirada muy libre y profunda que me da la verdadera felicidad.

Ese es el camino ignaciano y la más profunda inspiración de nuestra pedagogía. Nos enseña a discernir la mejor huella para caminar en medio de la vida. ¿Cómo puedo transmitir esa experiencia? Es cierto que como profesor tengo que enseñar historia, matemática, biología... pero lo más importante es transmitir, en la educación, la experiencia de vivir en plenitud en medio de las dificultades. Esto, como lo dijo Jesús, muchas veces se oculta a los sabios de este mundo. Eso lo enseña el profesor con el testimonio su vida.

Es un hecho que nuestros mayores fueron grandes educadores y nuestras instituciones lograron notables éxitos. Es muy impresionante la lista de nuestros estudiantes. Entre ellos hay muchos santos, muchos papas, genios literarios como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Racine, Moliere, Corneille, Torquato Tasso y más recientemente, Conan Doyle, James Joyce, St. Exupery, Rubén Darío, García Márquez y muchos otros. También estudiaron con nosotros muchos políticos renombrados como Richelieu, Tayerand, De Gaulle, aunque no siempre en todo fueron un ejemplo. Pero no podemos olvidar que también formamos a Voltaire, a Robespierre, a Goebel -el feroz nazi- y a Foucauld que se alejaron radicalmente de las enseñanzas del cristianismo. También fue nuestro alumno Descartes, uno de los padres del individualismo y el racionalismo. Y no deja de dolernos que muchos de nuestros exalumnos hoy se han alejado de Dios. Esto debe hacernos pensar y revisar muy a fondo nuestra educación.

En la Congregación General XXXIII, para ser fieles a San Ignacio, se revisaron y reformularon las normas e nuestra pobreza porque con el correr del tiempo ellas habían quedado obsoletas. Nuestro fundador, luego de largo discernimiento, escribió en las Constituciones de la Compañía las normas de la pobreza que debían regir las casas profesas de la orden. Esas casas reunían a los religiosos profesos dispuestos a ejercer los más diversos ministerios. Sin embargo, con la fundación de nuestros colegios, la enorme mayoría de los jesuitas vivían en comunidades educativas en las que no podían aplicarse literalmente las normas de las casas profesas. La Congregación XXXIII, para guardar el verdadero espíritu del fundador, cambió la letra de las constituciones haciendo una reforma de fondo.

Creo que es el momento de hacer otro tanto con el mundo de nuestra educación. La fuente de todo cambio deberían ser los Ejercicio Espirituales. Es posible que sea necesario hacer muchas reuniones y elaborar innumerables documentos, pero ellos serán letra muerta y aumentará la burocracia si no volvemos a la experiencia fundante de nuestros primeros padres que, a partir de los Ejercicios, tuvieron una visión evangelizadora frente a una cultura pagana. De otro modo, nuestros estudiantes entrarán para aprender y saldrán de nuestras instituciones para triunfar, tener una profesión, ganar más dinero y no para servir, para hacer un mundo más justo y fraternal.

La Congregación General XXXII definió la misión de la Compañía como servicio a la fe y promoción de la justicia. La formación nuestra, de profesores y colaboradores, debe seguir esa huella a mayor Gloria de Dios.

